

Nacionalismo europeo: La intolerancia y las guerras religiosas^(*)

JOSÉ JAVIER AMORÓS AZPILICUETA
Universidad de Córdoba

El objeto de esta ponencia es realizar algunas observaciones sobre el poder, la intransigencia y el provecho social de los mensajes confesionales. El advenimiento del Estado moderno -al que inevitablemente hay que referirse y el desarrollo de las guerras religiosas, constituyen un paisaje en el que se ambienta la reflexión. No siendo el ponente historiador y, probablemente, tampoco jurista, conviene tomar sus opiniones como puntos de vista de un particular. Eso me releva de la necesidad de tener razón, que, para Albert CAMUS, es signo de un espíritu vulgar.

Durante buena parte de los siglos XVI y XVII, con algunas interrupciones, los europeos centrooccidentales se mataron entre sí llenos de santo temor de Dios. Hoy se sabe que matar al prójimo poniendo a Dios como pretexto es una forma pura de contradicción, aunque nadie deba pedir sutileza a un guerrero. Pero casi cuatrocientos años de experiencia histórica y de inteligente progreso no han pasado en vano; y lo menos que puede decirse de los descendientes de aquellos vigorosos cruzados es que ya no hacen las guerras tan largas.

I. AYER

A. Dios y el Estado

La reforma luterana y, muy especialmente, la doctrina político-religiosa de Calvino, se consideran en el origen del Estado moderno, de base religiosa y expresos límites territoriales. El nacionalismo medieval enraizado en el cristianismo no era un problema religioso sino político. Partía de una idea utilitaria de la religión, al modo como la concibió Maquiavelo; la religión al servicio de la construcción nacional. Sin embargo, con los fundamentos de la religión cristiana se compecede mejor el Imperio que el Estado, es más «universitas» que «provincia», aunque la Iglesia, con gran sentido de la oportunidad política, contribuyera a la formación de los Estados nacionales, apoyando la fórmula *rex imperator in regno suo*.

«El cristiano es un creyente, no un ciudadano -escribe Louis ROUGIER-. Todo país es para él una Patria. Toda Patria le es extranjera. La Ciudad terrestre es un lugar de paso en el que él no es más que un viajero...». Y acusa a la Iglesia de haber «quitado al individuo su afecto por la patria de un día en beneficio de la Jerusalén eterna». El conflicto de la Iglesia con la razón de Estado surgió por haber debilitado el patriotismo.

^(*) Ponencia presentada al Simposio Internacional sobre "Nacionalismo en Europa, nacionalismo en Galicia; la religión como elemento impulsor de la ideología nacionalista", celebrado en La Coruña del 4 al 6 de Septiembre de 1997.

Sin embargo, la remota idea de patria aparece con un fuerte componente religioso. El lugar de nacimiento y la fe común determinan un incipiente nacionalismo. Recoge Luis BODIN la siguiente frase del *Quadrilogue invectif* de Alain Chartier -tenido por el más eminente escritor francés del siglo XV, que en 1422 escribió esta obra impregnada de un sentido patriotismo y concebida como una discusión en la que son interlocutores Francia, la nobleza, el clero y el pueblo-, que destaca del discurso dirigido por la Nación a sus hijos: «Después del lazo de la fe católica, la Naturaleza os ha obligado ante todo a la común salvación del país de vuestro nacimiento y a la defensa de aquella señoría bajo la cual Dios os ha hecho nacer y vivir». No se podía definir más claramente el sentimiento nacional, apostilla Bodin.

Ese concepto de nación como comunidad de ideas y creencias dentro de un mismo territorio resultará el principio de la confesionalidad del Estado. En la Edad Media, la religión condicionaba la vida social, era una señal de identidad comunitaria, hasta el punto de que todo disidente era extranjero por esta sola circunstancia. Los reyes se convierten en protectores de esas creencias e imponen a sus súbditos la religión que profesan.

El origen de los sistemas modernos de organización política aparece ligado a la reforma protestante y a las guerras de religión. Es un principio de la eclesiología protestante la concepción del Estado como único y supremo garante del orden y la paz, necesarios para que el cristiano pueda desarrollar su espiritualidad, junto con la incondicional obediencia a la autoridad temporal, a quien se atribuye carácter divino. «El protestantismo, dice Emile G. LEONARD, es una religión laica y esto implica una paradoja: la Iglesia de derecho humano en un Estado de derecho divino». El absolutismo monárquico empieza justificándose por la «aceptación tradicional y, por así decirlo, natural de la autoridad existente, de la obediencia enseñada desde hace siglos por la Iglesia» (P. JEANNIN) -toda autori-

dad viene de Dios- y triunfa al salir reforzado de las guerras de religión. El rey es el Estado y es el Estado quien resuelve las guerras de religión, haciendo realidad la aspiración mayoritaria de paz. Pero esta intervención pacificadora del Estado no es una señal de neutralidad, sino que supone la aceptación de una de las religiones en lucha. «El Estado vencedor y pacificador ha aparecido -escribe O. GIACCHI- como fundado sobre motivos religiosos, estrechamente ligado a una concreta confesión». La salvación de la convivencia social por obra del Estado en la Europa de los siglos XVI y XVII, la identificación de «una nueva unidad que ha concluido, ciertamente, sobre bases religiosas pero es obra del Estado», son hechos de gran importancia para la definitiva afirmación del Estado absoluto.

La religión se convierte, así, en factor político. El problema religioso tiene carácter político porque está implícito en el propio concepto de Estado. El Estado expresa ideológicamente la religión como un elemento identificador de la nación. La intolerancia religiosa es la manifestación de un hecho político: no pueden vivir en el mismo territorio los que no profesan la misma fe. Durante los primeros años del siglo XVII, un grupo de pensadores -cuya obra resume y valora Friedrich MEINECKE- consideraba que la unidad religiosa en el Estado llevaba pareja la no tolerancia de otras confesiones. «En esta exigencia se mezclaban íntimamente motivos religioso-eclesiásticos y político-utilitarios. CANONHIERO percibía muy exactamente los efectos incalculables y disolventes del individualismo religioso si se permitía que cada uno se imaginara a Dios a su manera. Todas las costumbres y modos de vida serían arrasados en el torbellino de los cambios religiosos, cayendo en menosprecio no sólo las leyes, sino también, y no en último término, la autoridad del príncipe. Aquí recordaba, como ejemplo, los movimientos revolucionarios del siglo XVI, desde las guerras de los campesinos alemanes a los anabaptistas, las cuales constituían un anticipo de lo que to-

avía había de venir. Duro y sin escrúpulos resuena el odio contra los herejes en sus escritos...».

En virtud del principio *cuius regio eius religio*, contenido en la principal disposición del tratado de Augsburgo (1555), el papel real en la unificación religiosa del Estado no puede ignorarse, pero tampoco debe sobrevalorarse. La religión identifica primariamente al Estado, no al rey. No hay que perder de vista el clima social, la disposición favorable del pueblo de adherirse a un credo que responde a determinadas necesidades y esperanzas. Sin esa actitud popular, la presión del príncipe no obtiene resultados auténticos y aun fracasa. Es por eso que Arnold Joseph TOYNBEE propone sustituir la vieja fórmula del absolutismo religioso -a la que considera una trampa y una ilusión- por otra nueva y más verdadera que expresa así: *religio regionis religio regis*. «Los gobernantes que han adoptado la religión favorecida por la sección más numerosa, o al menos la más vigorosa, de sus súbditos han prosperado generalmente, sea que actúen por sinceridad religiosa o por cinismo, como Enrique IV con su «París bien vale una misa». Antes se ha referido a Napoleón Bonaparte como expresión de la nueva regla político-religiosa (que llevó a la práctica en el Concordato con Pío VII): «Sólo quedaba al primer cónsul Bonaparte descubrir que, después de todo, Francia era católica, y que por tanto sería más sencillo y más político intentar no ya imponer una nueva religión a Francia, sino alistar la antigua religión del lado del nuevo gobernante».

Maquiavelo legítima teóricamente el Estado moderno con su doctrina de la razón de Estado, que rompe con las exigencias morales y religiosas del orden medieval. «Apasionado patriota italiano» y «profeta y precursor primero del nacionalismo moderno» le llama Gerhard RITTER. Desde Maquiavelo, la política deja de estar sometida a la religión y la religión se pone al servicio de la política. El poder es un fin en sí mismo y el fin de la política es el poder. La

razón de Estado es conservar el poder y esa pretensión no puede ser obstaculizada por las ideas religiosas. La religión y la moral son necesarias al Estado para mantener la dominación política. El Estado las utiliza cuando es necesario. Son medios del Estado. Dice en sus *Discorsi* (1519) que los jefes políticos han de fomentar la religión aunque la tengan por falsa y ese apoyo es una señal de inteligencia. A lo que hay que añadir la importancia fundamental que da a la guerra para preservar la fama y la seguridad del Estado y -ya en la esencia de la razón de Estado- que cuando está en peligro la salvación de la patria «no debe tomarse en consideración si algo es justo o injusto, cruel o compasivo, digno de alabanza o de censura, sino que, dando de lado a toda otra idea, es preciso seguir aquella decisión que le salva la vida y le mantiene la libertad».

Maquiavelo es criticado duramente por católicos y protestantes en el período de las guerras religiosas. La Contrarreforma había opuesto a la doctrina política de Maquiavelo la idea de que el fundamento de la política ha de ser la religión. «La ofensiva de los grandes escritores católicos proyecta el nombre de Maquiavelo sobre el fondo histórico universal de las guerras de religión, bajo la imagen de aliado del diablo reformador. Y como ir en tal compañía siempre trae fama, aunque mala, en este punto empieza el nombre de Maquiavelo a hacerse notorio en toda Europa.

Por un fenómeno de paralelismo, típico en todas las grandes polémicas, los escritores protestantes esgrimen las mismas armas en sentido contrario. Es como una repetición de la ofensiva católica, invirtiendo los términos. Ahora toca a los católicos ser tachados de maquiavélicos. Maquiavelo es el responsable de la Saint Barthélemy». (F. J. CONDE).

Aunque por un camino distinto, el francés Jean BODIN -que vino al mundo poco después de la muerte de Maquiavelo y publicó en 1576 su obra fundamental, *De la república*- lleva también a la idea del Estado moderno, y es,

con Maquiavelo, su más eficaz precursor. Trata de «reintegrar el Estado a sí mismo», desvinculando el interés estatal de la religión y formula un concepto decisivo de soberanía: «la soberanía es, para él, el poder supremo sobre los súbditos, un poder independiente de todo otro, duradero, no derivado de nadie, autónomo y no sometido a las leyes» (MEINECKE).

B. Dios y la guerra

Se conocen como guerras de religión los enfrentamientos entre católicos y protestantes en Europa, después de la reforma luterana, en la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII. Suelen enmarcarse convencionalmente entre la paz de Cateau-Cambrésis, en 1559—interpretada como una entente entre España y Francia, los dos grandes poderes católicos, para allanar el camino hacia un posible ataque concertado contra los herejes y que desencadenó una reacción calvinista general» (I. A. A. THOMPSON)—y el tratado de Westfalia, en el año 1648. Pero nada impide empezar antes, puesto que el saqueo de Roma (1527) por las tropas luteranas del Emperador Carlos V tuvo un matiz religioso. Y la intolerancia y represión en Alemania por motivos religiosos son todavía anteriores.

La purificación nacionalista que estos enfrentamientos ocasionaron, queda recogida en este párrafo del eminente historiador y filósofo británico A. J. TOYNBEE: «Las guerras de religión de los siglos XVI y XVII llevaron consigo el empujamiento o la expulsión de los católicos de todo país donde el poder cayó en manos de la facción protestante, y el impedimento o la expulsión de los protestantes en todo país donde el poder cayó en manos de la facción católica; y de esta suerte, los descendientes de los hugonotes franceses están dispersos desde Prusia a Africa del Sur, y los descendientes de los católicos irlandeses, desde Austria a Chile».

Se ha acusado a las guerras de religión de una especial ferocidad, de un comportamiento brutal y despiadado de

los contendientes. La historia enseña, en efecto, que el fanatismo religioso nunca desemboca en duelos entre caballeros y el ejemplo más reciente es de hoy mismo, en Argelia, como luego veremos. En la Guerra de los Treinta Años se explica la crueldad por el empleo de tropas mercenarias, acaudilladas muchas veces por aventureros, que vivían del país que ocupaban, justificando sus desmanes en las diferencias religiosas. La división de las guerras en «civilizadas» y «primitivas» puede aceptarse para las disputas académicas, pero acostumbra a ser incurutas, por ninguna víctima la compartiría sin resistencia. Cualquiera muerto cree que su guerra era la peor, precisamente porque cualquier guerra es siempre la peor. Los luchadores por odio teológico ignoraban—ignoran—que en el nombre de Dios acaso se puede morir, pero no se debe matar, no importa de qué manera delicada y exquisita se perpetre, o si el matador se inmola a la vez que las víctimas a quienes no consultó, abrazado a un paquete de goma dos como a la única fe verdadera. Las civilizaciones fracasan cuando, en vez de evitar las guerras, se dedican a clasificarlas.

Una de las primeras manifestaciones cruentas de la Reforma en Alemania fue la llamada Guerra de los campesinos (1524-1525), lucha social de inspiración religiosa contra la opresión por los señores y la pobreza, alentada por el movimiento anabaptista de Tomás Muntzer. La rebelión fue violentamente reprimida por la nobleza católica y protestante *unida, dirigida por el mismo Lutero*. La represión fue atroz. Antes, los campesinos se habían abandonado a una furia devastadora. Recoge LEONARD dos textos, de Muntzer y de Lutero, que dan razón de tanta violencia. En exhortación a sus antiguos feligreses de Allstedt, en Turingia, dice Muntzer: «¡En pie!, ¡y armaos para el combate del Señor! ¡Ya es tiempo! Dad prisa a vuestros hermanos, que no se rían de los testimonios divinos; si lo hacen, todos perecerán. Todo el país alemán, francés, romano, está despierto. El Señor quiere actuar y la hora de los malos ha llegado...

¡Adelante! ¡En pie! ¡En pie! ¡En pie!
Ya sonó la hora. Los malvados son cobardes como perros... ¡En pie! ¡En pie! ¡En pie! No os dejéis ganar por la piedad. No miréis la miseria de los impíos. Os rogarán y os suplicarán tan tiernamente como niños. No os dejéis apiadar...

¡En pie! ¡En pie! ¡En pie! Ya sonó la hora... ¡En pie! ¡En pie! ¡En pie!, mientras el fuego arde. No dejéis enfriar vuestra espada. No dejéis que se paralice. Forjadla en el yunque de Nemrod... Mientras vivan (*los señores*) no podréis desembarazaros del temor. No se os podrá hablar de Dios mientras gobiernen. ¡En pie! ¡En pie! ¡En pie!, mientras todavía tenéis luz. No os dejéis asustar. Dios está con vosotros».

Y firma: Tomás Muntger, un servidor de Dios contra los impíos.

Las cartas particulares de Lutero sobre la dominación de la revuelta no conocen piedad. El 30 de junio de 1525, escribe:

«Sobre la indulgencia que se desearía para los campesinos: si es que hay inocentes entre ellos, Dios sabrá protegerlos y salvarlos, como hizo con Lot y Jeremías. Si no salva es que son criminales.

Mi sentimiento es claro. Más vale la muerte de todos los campesinos que la de los príncipes y magistrados...

Quien haya visto a Muntzer bien puede decir que ha visto al diablo encarnado en su mayor furia. Oh Señor Dios, si reina un espíritu tal entre los campesinos, ya es hora de degollarlos como a perros rabiosos».

La concepción luterana del poder temporal como instituido por Dios y la legitimación de la fuerza del Estado para mantener el orden, hacen fácil su alianza con los príncipes, que vieron en la Reforma una fuente de ventajas políticas y económicas, liberándoles, a la vez, de los poderes del Emperador y del Papa. Los intereses políticos se mezclan con los religiosos y las querellas reli-

giosas se superponían, en tantos casos, a una lucha por el poder y la orientación que debía revestir su ejercicio. Así ocurre, por ejemplo, en Francia, donde los enfrentamientos políticos de la nobleza católica partidaria de la casa de Guisa y la mayoría protestante de la casa de Borbón, desembocaron en rivalidad religiosa. Fue en este país donde se alcanzó, probablemente, el más alto grado de enfrentamiento confesional en los siglos XVI y XVII.

Expondré todavía algunos ejemplos de intolerancia religiosa.

La respuesta de hugonotes y católicos al Edicto de Saint Germain (1562) - relativa tolerancia del culto reformado -, con el saqueo de la catedral de Montpellier por los hugonotes, y los católicos del duque de Guisa pasando a espada a los protestantes reunidos en la Iglesia de Vassy, abrió un período de encarnizamiento religioso en Francia.

La noche del 23 al 24 de agosto de 1572 tuvo lugar en París una masacre de hugonotes conocida como la matanza de San Bartolomé o noche de San Bartolomé. Partió de la iniciativa de los Guisa. Cuenta LEONARD que la cabeza del almirante Coligny, asesinado en su casa por un mercenario, fue enviada al Papa, y que Gregorio XIII «exultó de alegría, hizo disparar el cañón del castillo de Sant' Angelo, encargó una medalla conmemorativa y (al Vasari) unas pinturas que recuerdan la matanza, para adornar con ellas el Vaticano». Cuatrocientos veinticinco años después, el sucesor en la jefatura de la Iglesia católica, Juan Pablo II, pidió públicamente perdón en París por aquella atrocidad. Con ocasión de las XII Jornadas Mundiales de la Juventud, y precisamente el día 24 de agosto, dijo: «No podemos olvidar la dolorosa matanza de San Bartolomé, un hecho de causas muy oscuras en la historia política y religiosa de Francia. Los cristianos han perpetrado actos que el Evangelio condena».

Menos fama tiene la «Miguelada» - ocurrida cinco años antes -, consecuen-

cia de la decisión de los jefes protestantes de tomar las armas (pese a la paz de Amboise), que hicieron efectiva el día de San Miguel de 1567. Tratándose de guerras religiosas no puede extrañar que los santos se usen a efectos conmemorativos. El 30 de septiembre de ese año -relata L. MENARD en su «Historia de Nîmes», citado por Léonard- 80 sacerdotes y laicos católicos fueron asesinados en la corte del Obispado.

Catalina de Médicis, que regía Francia durante ambas carnicerías y de la simpatía protestante se pasó definitivamente al partido católico, que era el más fuerte, escribió: «Cuanto más muertos, menos enemigos».

Otra mujer, María Tudor, reina de Inglaterra, contemporánea de la anterior, se ganaba el título de Bloody Mary (María la sanguinaria) por su represión salvaje de la religión reformada. Una mezcla de bebidas de cierta notoriedad -cuya base es el zumo de tomate, versión cinematográfica de la sangre- se conoce también con el nombre de bloody mary. Los expertos aseguran que no trae causa de la reina Tudor, aunque no me parece una cuestión tan pacífica y considero literariamente acertado vincular ambas, la reina y el cóctel. Al fin y al cabo, el Profesor GONZÁLEZ DEL VALLE -sabio de varias sabidurías, la publicación de cuyo libro sobre bebidas alcohólicas será un acontecimiento, porque es un modelo original de investigación científica- sostiene con agudeza que el intento de secularización del catenamiento llevado a cabo por la revolución francesa no ha tenido otra repercusión que haber dado nombre a una receta de cocina: la langosta a la Thermidor.

También en Inglaterra, la cruel persecución de discrepantes que emprendió Jacobo I, a través del conde de Salisbury, a quien había confiado el gobierno, dio lugar a la llamada Conspiración de la pólvora, en 1605, por la que los católicos conjurados, como reacción contra los ataques que recibían, llenaron de barriles de pólvora los sótanos del Parlamento, con objeto de volarlo

cuando estuviese reunido con la presencia del Rey y la familia real. Descubierta la conjura, sus autores fueron ajusticiados o sometidos a rigurosos castigos.

La política religiosa de Felipe II en los Países Bajos, donde proclamó que sólo toleraría una religión, enviando al Duque de Alba (1567-1573) que, a través del que la historia conoce como Tribunal de sangre, instauró un régimen de terror; o la Guerra de los Treinta Años, que comienza como conflicto religioso y termina siendo una lucha por la hegemonía europea, son otros tantos ejemplos bélicos, entre los muchos que, desgraciadamente, podrían ponerse.

El uso político de la religión, la fe al servicio del poder, está representado en este período por la conversión al catolicismo de Enrique IV de Francia, un Borbón jefe de los hugonotes, al darse cuenta de las dificultades que iba a ocasionarle en su país la persistencia en el calvinismo. Tenía ya experiencia en conversiones, pues con ocasión de la noche de San Bartolomé abjuró del protestantismo para salvarse de la muerte. Con posterioridad había declarado que no se haría católico por razones políticas. «No se cambia de religión como de camisa», escribía en 1583. Diez años después volvía sobre su decisión. La leyenda le atribuye una frase que seguramente no pronunció: «París bien vale una misa».

II. HOY

* La todavía reciente guerra civil española se presentó en sociedad como una guerra religiosa -una cruzada, exactamente- aunque no fuera ese el primer impulso del jefe de los sublevados. Una vez ocupado el poder, el General Franco se dejó llevar por la nostalgia histórica y acuñó moneda con su efigie circunvalada por esta leyenda: «Francisco Franco, Caudillo de España por la gracia de Dios». El sentido de identidad social que la religión tenía en los albores del Estado moderno, lo vemos reproducido no hace tantos años. En palabras de Raymond CARR, que ahorran

más comentarios, «el catolicismo era, y sigue siendo, no sólo una fe individual, sino el signo formal de pertenencia a la sociedad española».

* La guerra de limpieza étnica que estalla en los Balcanes en 1992, entre Serbia, Bosnia y Croacia, tiene un componente religioso: musulmanes bosnios, serbios ortodoxos y croatas católicos se entregan a la mutua destrucción. Los medios de comunicación recogen los atentados contra iglesias y mezquitas, asesinatos de ministros de culto, en una reafirmación nacionalista-religiosa. Sin embargo, el Papa Juan Pablo II, en un mensaje difundido en febrero de 1995 a través del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, niega que el conflicto en Bosnia-Herzegovina sea de origen religioso, aunque acepta que es algo diferente «la guerra que existe desde hace algunos años en el sur del Sudán, que sin duda tiene muchas causas, pero uno de los elementos de la lucha puede considerarse el estado de las relaciones entre musulmanes y cristianos». Se refería a la guerra civil que sufre el país entre la mayoría musulmana del norte y una minoría en el sur, de creencias cristianas y animistas, que formó el Ejército de Liberación del Pueblo Sudanés, para que se derogue en su territorio la ley islámica.

En su Teoría General del Estado dice JELLINEK: «Así, los croatas y serbios hablan la misma lengua, pero los primeros pertenecen a la Iglesia romana y los segundos a la Iglesia griega y, precisamente por esto, se consideran como dos naciones distintas». Pero muchos de los católicos, ortodoxos o musulmanes «confiesan en privado que son agnósticos y que la religión es para ellos no tanto una creencia como una tradición y, desde luego, una señal de identidad política, de pertenencia a una comunidad» (A. MUÑOZ ALONSO).

* El enfrentamiento entre católicos y protestantes en el Ulster, que arranca del siglo XVII y se radicaliza en 1969 con actos de terrorismo continuado, tiene una raíz religiosa y nacionalista. Aunque Gerry Adams, líder del Sinn

Fein, brazo político del IRA, no considera que éste sea un conflicto religioso, sino «el de un ejército extranjero ocupando un país que no es el suyo». También hay una interpretación marxista de la pugna, que la considera una lucha de clases: los católicos oprimidos contra los protestantes opresores. Los protestantes son los colonos y los católicos, los colonizados. Por ello, la rebelión católica es una rebelión nacionalista, el catolicismo es una afirmación de la identidad nacional. «Se es católico en Irlanda del Norte como se es negro en América» (J. P. CARASSO).

* El llamado integrismo o fundamentalismo islámico, que en nombre de la religión comete crímenes que harían palidecer a los mercenarios de la Guerra de los Treinta Años, es la encarnación actual del odio teológico y una amenaza real para la civilización. El día 30 de agosto de 1997, ayer mismo, cerca de 300 personas eran asesinadas en la aldea de Rais, a 20 kilómetros de Argel, por un ejército de 400 terroristas vinculados al extremismo islámico. La suspensión de las elecciones en 1992 para evitar la victoria del Frente Islámico de Salvación (FIS), desencadenó en Argelia una guerra, con el fanatismo religioso como telón de fondo, en la que han muerto cerca de cien mil personas. «En mi país, los ciudadanos son degollados sin piedad, cortados en mil pedazos con hachas y destrípidos por bombas y coches atiborrados de explosivos», relata en enero de 1997 un periodista argelino -director del diario *El Watan*-, que en 1991 fue amenazado de muerte por los terroristas, él y toda su familia. «Niños, mujeres y viejos, nadie está libre de esta terrible barbarie. Estos últimos días, una serie de atentados terroristas, especialmente horribles y de una violencia inexplicable y, hasta ahora, desconocida, han sumido todavía más si cabe a Argelia en el drama, la sangre y las lágrimas. Y todo parece indicar que la situación tiende a agravarse. Nada indica, en efecto, que este terror vaya a desaparecer o mitigarse a corto plazo». Su previsión fue tan certera que, sólo en este mes de agosto de 1997, han sido bárbaramente

asesinadas un millar de personas. «Este mes de noviembre de 1995 -escribía el 25 de ese mes el fundador del diario argelino «Le Chroniqueur»- Argelia se quema en la hoguera de una guerra solapada, entablada, en nombre de la religión, por una parte del pueblo contra otra parte de ese mismo pueblo. En el interior del país, aldeas enteras sufren innumerables y continuos atentados a manos de bandas armadas que reinan en las montañas».

El Grupo Islámico Armado (GIA), a quien se identifica con el terror -y constituye, junto con el MIA (Movimiento Armado Islámico), el brazo armado del FIS- declaró la «guerra santa» a Francia el 19 de agosto de 1995, enviando una carta al Presidente Chirac en la que le instaba a convertirse al Islam. Un comentario del emir del GIA a este escrito, publicado en el boletín interno del grupo, termina así: «Todos deben saber que lo que hace el GIA es adorar a Dios y no estamos buscando ni liderazgo ni propaganda. Sólo queremos la lucha sagrada para que la palabra de Dios sea la más alta. Gracias a Dios, el GIA respeta sus compromisos, actúa cuando quiere, contra quien quiere y en el lugar que quiere y anuncia lo que quiere, cuando quiere porque Dios así lo quiere... Nos comprometemos a no dejaros vivir tranquilos, a acabar con vuestra vida placentera. Prometemos perturbar vuestro bienestar. El Islam entrará en Francia con vuestro deseo o sin él. Como dijo Tamin Deri Addari, esta religión va a llegar donde llega la noche y el día. Comentario a la carta «Conviertete al Islam y te salvarás», del emir del GIA Abu Abderraman Amin, de fecha del 23 de septiembre de 1995. 28 Al Abiá Attani 1416 de la Hégira».

Esta misma organización se declaró responsable en diciembre de 1994 del asesinato de cuatro misioneros católicos y amenazó con matar a todos los religiosos cristianos que viven en Argelia, a quienes llama «Cruzados cristianos».

Pero el verdadero Islam no es el del fanatismo sino el de la tolerancia, ha

dicho el Premio Nobel de literatura egipcio Naguib MAHFUZ, que conoce bien lo que es estar sentenciado a muerte por el radicalismo religioso. Y A.L. EZZINE, fundador del diario «Le Chroniqueur», antes citado, afirma que el fanatismo es ajeno al Islam, «religión del amor, del perdón y de la misericordia». Del libro sagrado es este versículo: «Si tu Señor hubiese querido, hubiesen creído todos los que están en la tierra. Puedes tú forzar a los hombres hasta que sean creyentes?» (Corán, X-99).

Los talibanes, en Afganistán, sí pueden. Y el viernes 27 de septiembre de 1996 convirtieron Kabul, la capital del país, que cayó en su poder, en una ciudad medieval, esto es, un paraíso islámico en versión integrista. Bajo el imperio de la «ley de Dios», los talibanes -«estudiantes de religión», una especie de seminaristas formados en los centros islámicos de Pakistán- prohibieron el cine, la música, la televisión y los juegos; ordenaron aspectos nimios de la vida personal, incluso las dimensiones de la barba (los varones tienen prohibido afeitarse); lapidaron adúlteros y bebedores; hicieron obligatorio para la población rezar cinco veces al día, incluso forzándola con las armas a entrar en la mezquita e imponiendo paradas a los transportes públicos para que los viajeros pudieran cumplir con los deberes religiosos... Las mujeres ya no pueden trabajar y han de cubrirse el rostro... Es también una guerra santa, con el Corán en una mano y el fusil AK 47 en la otra. Pero una guerra de religión suele tener razones no religiosas. Y se acusa a los Estados Unidos y a Pakistán de haber financiado y respaldado a los talibanes afganos por muy diversos motivos, entre ellos, el control de un futuro gasoducto.

* La sustitución de la dictadura del Sha Mohamed Reza Pahlevi por el ayatolá Ruhollah Jomeini en 1979, como nuevo Jefe del Estado, proclamando la República Islámica de Irán, es otro ejemplo de teocracia. Durante la guerra irano-iraquí, el régimen de los chifés excitó los sentimientos patrióticos y religiosos del pueblo, consiguiendo centenares de miles de jóvenes dispuestos a morir por la

patria y el Islam. La guerra duró 8 años (1980-1988) y fue considerada «santa» por Jomeini. La sentencia de muerte dictada contra el escritor Salman Rushdie por haber publicado el libro «Versos satánicos», considerado blasfemo por el poder, es otra muestra de este entendimiento radical del Corán.

En fin: Líbano, Israel, Palestina... La Yihad (Guerra Santa) Islámica, el HAMAS (Movimiento de la Resistencia Islámica), Hizbulá (Partido de Dios), suicidas por Alá a quienes prometen la vida eterna si mueren matando... La meta suprema Hizbulá -ya que su objetivo más inmediato es expulsar al ejército israelí del sur del Líbano- consiste en instaurar una gran república islámica desde el Atlántico hasta el Golfo Pérsico. En el nuevo orden político, los norteamericanos y los europeos ocupan el papel de vasallos de la Uma (nación de creyentes). Para los líderes de esta organización no hay más que dos partidos en el mundo: el Partido de Dios, representado por Hizbulá, y el Partido del Demonio.

¿Hay alguna esperanza? Esta es la opinión de Mark JUERGENSMEYER, especialista en el estudio del nacionalismo y terrorismo religioso:

«Dado que en última instancia no hay un compromiso satisfactorio en el nivel ideológico entre el nacionalismo religioso y el laico, es posible que la situación actual se deteriore aún más. A medida que se profundizan las crisis económica y política en diversas partes del mundo, cabe imaginar el surgimiento de un bloque religioso unido que se extienda desde Asia Central y del sur a través de todo Oriente Próximo hasta África. Con un arsenal de armas nucleares a su disposición, podría muy bien sustituir a la antigua Unión Soviética como el enemigo global del Occidente laico. Este conflicto se agravaría si aparece una nueva oleada de radicales religiosos en Europa y Estados Unidos, incluyendo a los fundamentalistas cristianos y miembros de comunidades recién inmigradas de musulmanes, hindúes y sijs que residen en In-

glaterra y Estados Unidos y que apoyan a los camaradas religiosos de su país de origen. Los cultos nacientes de nacionalistas religiosos en Japón y otros lugares de Extremo Oriente podrían también aliarse con lo que se podría convertir en el nuevo enemigo de Occidente.

Excluyendo esta apocalíptica visión de un «choque de civilizaciones» mundial, hay motivos para la esperanza. Es igualmente probable que los nacionalistas religiosos sean incapaces de unirse entre sí y que deseen en gran medida una reconciliación económica y política con el mundo laico.

En Irak, la India, Irán, Afganistán, Egipto, Argelia, Europa Oriental, la Comunidad de Estados Independientes y otras regiones donde se están forjando nuevos modelos de nacionalismo religioso, los líderes están haciendo muchos más que resucitar ideas arcaicas de dominación religiosa. En realidad, están creando algo nuevo: una síntesis de la ideología de la religión y de la institución de la democracia laica, ofreciendo una fusión de la identidad cultural y la legitimidad de antiguas monarquías sancionadas religiosamente y del espíritu democrático y la unidad organizativa de la sociedad industrial moderna. Esta combinación puede ser incendiaria, ya que une el absolutismo de la religión con la potencia del Estado moderno. Pero quizá sea inevitable, ya que sin la legitimidad que confiere la religión, no se puede mantener fácilmente el orden público en algunas partes del mundo. Quizá estemos presenciando un momento inusual de la historia en el que hará falta una adaptación a algunos aspectos del nacionalismo religioso para alcanzar la seguridad internacional y la paz interna».

III. ¿SIEMPRE?

Hace pocos días, el gran escritor argentino Ernesto SÁBATO expresaba así su visión pesimista del mundo y del hombre: «Este es un mundo podrido, un mundo en decadencia, con corrupción por todas partes... No creo en el progreso... En la historia no hay progreso y la

humanidad no aprende nunca». Nada impediría terminar una ponencia tan desesperanzada con esta conclusión. Pero puede empeorarse.

El poder absoluto es el poder genuino, aunque no siempre se ejerza en estado puro y no por falta de voluntad. Cita MEINECKE en su «Idea de la razón de Estado en la Edad Moderna» al sociólogo alemán Alfred VIERKANDT, para quien «la apetencia de poder es un impulso propio del hombre, común quizá a todos los animales, un impulso que se extiende hasta que encuentra barreras que lo detienen. Y en el hombre, por lo menos, no se limita a lo que es inmediatamente necesario para la vida y el desarrollo, sino que se goza con deleite del poder en sí y en lo que tiene de intensificación de la personalidad» (¿Quiere decirse que un hombre sin poder -sin poder suficiente-, un particular, es un hombre incompleto, un hombre detenido, o por lo menos desteñido, en su evolución?) Y añade Vierkandt que «si bien es de esencia al poder imponerse ciegamente, en la vida es una rara excepción que el poder actúe ciega y arbitrariamente». Es opinión de MEINECKE, ahora, que la esencia del Estado es el poder. «El Estado tiende al poder como el hombre a la alimentación, incluso de modo más insaciable, frenado sólo por la razón de Estado, la cual, es cierto, puede ascender hasta la esfera ética, pero no siempre llega a ella».

En el X Congreso Mundial de Psiquiatría celebrado en Madrid en agosto de 1996, intervino el Premio Nobel de literatura nigeriano Wole SOYINKA, quien manifestó que «la mitad de los gobernantes del mundo de hoy en día pertenece a una residencia de locos, y el primero en mi lista es el que *malgoberna* mi país natal, Nigeria. El poder consiste, muchas veces, en una forma de locura».

He escrito en otro lugar que cualquier poder resulta excesivo. Todo poder es demasiado poder y cuando el poder no se excede es porque no puede, contrariando su naturaleza más espontánea. Para Luis

XIV, la descendencia divina de su realeza pertenecía al orden natural de las cosas. No imaginaba que el poder pudiera tener otro fundamento ni ejercicio, y así se lo hizo saber a su hijo en las memorias dirigidas al Delfín de Francia. Tres siglos después, los poderosos de toda condición están unidos al monarca absoluto por la elevada idea que tienen de sí mismos y el disimulado desdén que les inspiran sus subalternos. Ningún poder se muestra inocuo y la palabra poder lleva en lo más íntimo la tendencia a perjudicar. El freno del poder no es el poder. Al contrario: el poder estimula el poder, lo excita, lo multiplica. En el conflicto de poderes sólo hay vencedores. Entonces, es preciso que, por la naturaleza del hombre, el poder sea contenido por la ética, diremos, corrigiendo a Montesquieu. Sólo una educación ética puede salvar del poder a los que mandan y a los que obedecen.

Las grandes religiones no han logrado que sus mensajes calaran en la humanidad para transformarla y el poder político ha sustituido por los derechos humanos el mandamiento sagrado de amor al prójimo, en un intento laico de conseguir que el hombre sea prójimo para el hombre. La religión continúa separando a los hombres, que siguen estando dispuestos a matar por ella en muchas partes del mundo y a despreciarse en las restantes, pero no a la abnegación. Los creyentes son funcionarios que cumplen una liturgia de reloj, en el convencimiento de que los ritos sirven para ganar una plaza fija de titular en la vida eterna. Con los mensajes de amor que mandan las religiones, el siglo XX ha hecho muy buena literatura pero ninguna comunidad política mínimamente ejemplar. Es mérito del poder temporal haber suplido con el Derecho las deficiencias de la fe. «Los hombres no son más semejantes», escribió CAMUS en sus Carnets. Son los que me contemplan y me juzgan; mis semejantes son aquellos que me aman y no me contemplan, que me aman contra todo, que me aman contra la decadencia, contra la bajeza, contra la traición, yo y no lo que hice o haré, que me amarían tanto que me amaría a mí mismo, incluso hasta el suicidio».

El poder político sigue instrumentalizando la religión y salvo esporádicas y testimoniales protestas de independencia -débiles voces críticas que ahoga una interpretación confortable del ciento por uno-, los grandes credos sestean a la sombra de las instituciones terrenales.

Si hay que dar al César lo que es del César, al César moderno hay que reconocerle un papel sustitutorio de las confesiones en el intento de edificar «sociedades con valores»: hombres que respeten a los hombres, aunque sea por el impulso coactivo de la ley. Las consecuencias jurídicas de la revolución francesa, la inglesa o la americana han hecho más que las religiones para que los hombres de finales del siglo XX sean semejantes entre sí.

En todo caso, que en algunas partes del mundo el poder haya aprendido a ser ahorrativo con la sangre del pueblo no es todo. El progreso ha hecho la selva más confortable pero no ha derogado aún la ley del más fuerte. Nos hemos limitado a sustituir las bayonetas por el desprecio. El papel de la religión es cambiar el corazón del hombre, único modo de que cambie la razón de Estado.

En 1991, con ocasión de la llamada Guerra del Golfo para la liberación de Kuwait, el escritor y dramaturgo irlandés Samuel BECKETT dialogaba con un periodista sobre los problemas del mundo. Y dijo Beckett: «Dios me debe una explicación». Seguramente es el único que puede darla a tantas estupideces como se cometen en su nombre.